

Marina Canals

Secretaria general, Asociación Internacional de Ciudades Educadoras

La humanidad no está viviendo solo una etapa de cambios, sino un verdadero cambio de etapa. Las personas deben formarse para su adaptación crítica y participación activa en los retos y posibilidades que se abren con la globalización de los procesos económicos y sociales; para su intervención desde el mundo local en la complejidad mundial, y para mantener su autonomía ante una información desbordante y controlada desde centros de poder económico y político (Preámbulo de la Carta de Ciudades Educadoras, 2004).

La globalización ha conllevado una aceleración del tiempo y una reducción de las distancias. Hace ya tiempo que no vivimos en fortalezas, sino en un mundo interconectado. En este contexto cambiante, también los gobiernos locales han tenido que adaptarse y aprender nuevos métodos de tratar los nuevos problemas y también los antiguos.

La Administración local, al ser la más cercana a los ciudadanos, debe dar respuesta de forma rápida y eficaz a situaciones desconocidas, lo cual ha propiciado nuevas formas de organización y de gobierno. Las administraciones locales han entendido los beneficios y oportunidades de abordar sus asuntos y sus problemas a través de redes de distintos tipos y ámbitos. Aprender de las mejores prácticas de otros ahorra tiempo y recursos. Cuesta imaginar un mundo sin redes, y los gobiernos locales no son una excepción. Este fenómeno no es nuevo, a lo largo del siglo xx, las ciudades invirtieron recursos para desarrollar redes y abrir diálogos tanto dentro de sus territorios como en los ámbitos regional, nacional e internacional. Sin embargo, en las últimas décadas se ha producido un aumento considerable del número de ciudades, departamentos y funcionarios municipales que participan en redes internacionales.

La necesidad de espacios para intercambiar conocimiento, examinar las prácticas propias, crear asociaciones y establecer contactos, así como proteger el bien común ha llevado a la creación de una amplia gama de redes formales e informales. Algunas de estas redes están orientadas a abordar retos urbanos específicos que se corresponden con las necesidades estratégicas y las prioridades de sus fundadores y promotores. Otras se centran en una zona geográfica en concreto, o establecen unos

criterios de adhesión en particular, como el tamaño, la población o ciertos indicadores económicos. Pero también hay otras que optan por un planteamiento general más amplio respecto a las cuestiones de administración municipal. Aun así, a pesar de sus diferencias, todas estas redes tratan de dar respuesta a oportunidades y retos específicos y convertirse en «instrumentos» útiles con una pertinencia contextual para los gobiernos locales.

Por un lado, este amplio abanico de redes es la prueba de que las ciudades han acabado por valorar los espacios de intercambio que promuevan las colaboraciones mutuas. Por otro, deja ver el hecho de que ciudades distintas tienen necesidades y prioridades distintas, y que perciben desde perspectivas diversas los retos de alcance mundial de hoy en día.

El crecimiento de las poblaciones urbanas en todo el mundo ha situado, además, a las ciudades en posición de ejercer como actores clave en la formulación y consecución de la Agenda Global. No en vano las instituciones de ámbito global, entre ellas, los organismos de las Naciones Unidas, el Banco Mundial, o la Comisión Europea confían cada vez más en los municipios a la hora de abordar los principales retos que afectan a la humanidad (desarrollo sostenible, pobreza, violencia, salud, vivienda, etc.) y para avanzar en la consecución de sus objetivos.

Gracias a la proximidad respecto a sus territorios y ciudadanos, los gobiernos locales disponen en general de información más directa y más fiable acerca de las circunstancias locales, y están más próximos a las necesidades de las personas. En comparación con los estados, funcionan a escala mucho más reducida, lo que les confiere más flexibilidad y una mayor capacidad para gestionar los retos a los que nos enfrentamos en este mundo en constante evolución. Por este motivo, los organismos de las Naciones Unidas han fomentado a menudo la creación de redes de ciudades como forma de dar respuesta a sus metas de forma más ágil y que sea complementaria a la labor de sus estados miembros. A su vez, las ciudades han mostrado su deseo de cooperar más estrechamente con estos organismos y de albergar asambleas de Naciones Unidas, o sedes y sucursales de sus organismos.

Es importante señalar que la participación en las redes internacionales no se restringe solo a las grandes ciudades; también las pequeñas y medianas pueden participar. De hecho, estas últimas sacan más provecho de su participación activa en las redes, puesto que esta participación es una forma de protegerse de algunos de los efectos de la globalización, y de ganar visibilidad y reconocimiento, elevar la autoestima y la confianza, y ampliar sus redes de relaciones y contactos.

Si bien los alcaldes de las grandes ciudades tienen la capacidad de ejercer una función de peso a la hora de establecer pautas de gestión municipal, no debe menospreciarse el papel de los municipios más pequeños: al igual que en el caso de las ciudades de mayor tamaño, las más pequeñas tienen la capacidad de generar buenas prácticas que son de un enorme valor para mejorar significativamente la calidad de vida de una gran parte de la población. No debe olvidarse que, si bien una de cada ocho personas habita en las 33 megaciudades que hay en el mundo, cerca de la mitad de la población mundial reside en núcleos urbanos de menor tamaño, de menos de 500.000 habitantes.

Teniendo en cuenta el elevado número de redes de ciudades que existe en la actualidad, nos enfrentamos a una situación en la que son muchos los municipios que participan en múltiples redes y en la que todo un abanico de redes aborda cuestiones similares. El inconveniente de esta proliferación de actividades es que podría provocar un exceso de asambleas y reuniones (p. ej., congresos, seminarios, encuentros, etc.) y de resultados (p. ej., declaraciones, estatutos, documentos normativos, etc.) que no siempre serán coherentes en sus mensajes y sus objetivos. Por otra parte, tal proliferación de actividades resulta en particular problemática en el caso de las ciudades de los países emergentes, que no disponen de los recursos necesarios para participar en distintas redes ni asistir a las reuniones que tienen lugar en todo el mundo.

Cabría asumir que cuanto más se implique una ciudad en las distintas redes, mejor. Sin embargo, eso sería una simplificación de lo que debería suponer ser miembro de una red de ciudades. La pertenencia a una red supone mucho más que pagar una cuota; es asistir a las reuniones, intercambiar conocimientos, desarrollar estrategias y aplicar proyectos. En el pasado, las oficinas de Relaciones Internacionales de los gobiernos municipales solían ser las responsables de la coordinación y seguimiento de la participación de una ciudad en las distintas redes. Por el contrario, actualmente la cultura de redes ha sido profundamente interiorizada por parte de toda la estructura al completo de los gobiernos locales. Cada departamento quiere construir sus propias relaciones internacionales.

Pero, al mismo tiempo, pertenecer a una red de ciudades ofrece a los municipios la oportunidad de reflexionar sobre retos comunes, establecer objetivos comunes, desarrollar estrategias compartidas e influir sobre la creación de normativas. Es a través de estas formas de participación plena como las redes pueden ejercer una influencia transformadora sobre las ciudades miembros; de no ser ese el caso, existe el riesgo de que la pertenencia a la red quede reducida a una *etiqueta* con la que se relacione a una ciudad, lo cual podría ser útil desde el punto de vista del *marketing*, pero no implica que se generen consecuencias estratégicas para la ciudadanía. Por tanto, la verdadera importancia de pertenecer a una red de ciudades está en el proceso de participación en sus operaciones internas, no en el mero hecho de adherirse.

En este sentido, la Asociación Internacional de Ciudades Educadoras entiende las redes de ciudades como escuelas de democracia; espacios que permiten a las ciudades hacer oír su voz y desarrollar sus propios valores y opiniones, al mismo tiempo que asimilan otros puntos de vista. Además, son espacios que ofrecen múltiples perspectivas y soluciones a problemas similares, que pueden contribuir a una comprensión más profunda de los retos y contextos particulares con la capacidad de contribuir a que las ciudades mejoren sus propias prácticas y tomen decisiones informadas. Esto es importante en un momento en que las ciudades afrontan retos cruciales que están acarreado cambios en el medio urbano y en un mundo en el que es necesario un mejor reparto de los intereses y los privilegios. La posibilidad de influir y configurar las discusiones supone una oportunidad que las ciudades no pueden dejar pasar. Sin embargo, a la hora de escoger en qué red o redes participan, deberán asegurarse de que prevalezcan los intereses de su ciudadanía por encima de los beneficios privados (cosa que a menudo se disfraza en la jerga de las redes).

Con el fin de evitar solapamientos y duplicación de esfuerzos, algunas redes de ciudades optan por especializarse y centrarse en cuestiones concretas como la educación, el medio ambiente, la movilidad, el urbanismo, etc. La especialización temática ofrece la ventaja de desarrollar una comprensión más profunda de una cuestión en particular y, cuando el método del aprendizaje y el intercambio de conocimiento resultan eficaces, la red se convierte en una potente herramienta para influir y para conseguir los resultados deseados. Dicho esto, los retos a los que se enfrentan actualmente las ciudades son muy complejos. Podría tomarse la cohesión social como ejemplo: es posible abordarla desde la perspectiva del empleo, como una cuestión de rehabilitación urbana, o como política educativa, entre otras. Todas estas estrategias pueden ser parte de la solución, pero centrarse solo en una de forma aislada no ofrecerá resultados efectivos o duraderos. Por consiguiente, la intersectorialidad y la convergencia se hacen imprescindibles para dar con el adecuado equilibrio entre una perspectiva más focalizada y una más amplia. Ello requiere enormes dosis de diálogo entre las redes de ciudades. Necesitan compartir sus programas y hallar (o construir) de forma solidaria ventanas de oportunidad que puedan catalizar los procesos de cambio. Estas alianzas no necesariamente tienen que estructurarse adoptando la forma de red, ya que son necesarias únicamente para objetivos concretos y durante periodos delimitados de tiempo; pero, sin duda, tendrán que basarse en la confianza y la generosidad de todas las partes implicadas.